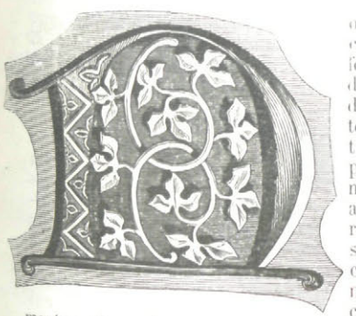
NÚM. 6. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 10 DE FEBRERO DE 1861. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 á 15 pesos. AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Nos ha comunicado el telégrafo los discursos de Napoleon y de la reina Victoria en la apertura de sus respectivos parlamentos. Ambos anuncian esperanzas de paz segun es uso y costumbre general en esta clase de documentos, los cuales no suelen hablar de guerra sino cuando esta se halla oficialmente declarada. Los dos, sin embargo, presentan una escepcion que abre la puerta á todas las eventualidades: Napoleon dice que si el honor ó los intereses de la Francia lo exigiesen, haria lo que juzgase conveniente al honor y los intereses de la Francia; y lord John Russell ha dicho que si estallase la guerra y se viese la Italia amenazada como nacion, tomaria parte Inglaterra en la lucha, á fin de proteger á un Estado con quien le unen tantas simpatías. Por lo demás política de no intervencion y que cada cual se arregle como pueda, y cada uno en su casa y Dios en la de todos. Lo de Siria dice S. M. Británica que está ya concluido y el país como una balsa de aceite, por lo cual los franceses nada tienen que hacer allí. No piensa del mismo modo S. M. Napoleónica, y así una de las dos Magestades habrá de ceder á la opinion de la otra. Nosotros presumimos que será la reina Victoria, porque en esta parte la razon está del lado de los franceses, que ni han pacificado el Líbano sino aparentemente, ni lo pacificarán tan pronto.

Francisco II sigue en Gaeta erre que erre; el sitio adelantaba poco y parecia próximo á convertirse en bloqueo por mar y tierra; pero el fuego de una fragata sarda ha hecho volar dos depósitos de pólvora y derribado una cortina, lo cual podrá dar nuevo aspecto á la lucha. Por de pronto Cialdini ha concedido á los sitiados una tregua de dos dias para enterrar á los muertos. Entre tanto S. M. se ocupa en escribir proclamas al pueblo de los Abruzos y al de Sicilia. Al primero le dice que siga insurreccionándose; y por cierto que las órdenes de S. M. no deben de haber llegado á tiempo, pues los piamonteses han pacificado ya el país. A la Sicilia le da la Constitucion de 1812, aquella que tuvo bajo la proteccion británica, aunque reservándose modificarla, de acuerdo con el Parlamento. Ademas S. M. tiene la bondad de comprometerse á vivir tres ó cuatro meses en la isla para que disfruten de su presencia durante este intervalo sus fieles isleños.

Al mismo tiempo Victor Manuel hace decir en Berlin, en Lóndres y en París, por sus enviados y proclamar por conducto de los periódicos ministeriales de Turin, que no tiene intencion de atacar al Véneto en esta primavera. En esta seguridad, Napoleon se ha restregado las manos y ha restablecido las relaciones diplomáticas con Turin por medio del envio de un representante especial. Victor Manuel hace muy bien en renunciar por ahora á un ataque al Véneto, y nada impide para sus planes que declare que no le atacará. ¡Como que no se trata de atacar el Véneto, sino otros paises de Austria que con menos trabajo pueden dar igual resultado! Y sin embargo, el emperador austriaco que temiendo ser atacado en Italia habia hecho concesiones liberales á la Hungría, ahora que ha perdido ese temor se retracta, y dice que no fue su intencion ir tan lejos, con lo cual pone las cosas en el punto en que los italianos las deben desear. Este emperador vale un imperio.

En cuanto á Prusia, el rey ha comenzado á caldear el horno constitucional para una hornada de pares, que necesita á fin de hacer pasar en la cámara de los señores varias reformas sobre el matrimonio, entre ellas la que deroga la disposicion segun la cual los nobles no podian casarse con las plebeyas sin licencia de sus familias ó del rey. La hermosura de las plebeyas prusianas ha aumentado tanto de algun tiempo á esta parte, que mucha gente noble se ha insurreccionado contra sus familias; y aunque la cámara de los señores defiende lo que aquí llamarian algunos el principio conservador, el rey Guillermo parece que se ha puesto de parte de ellas. ¡Viva el rey Guillermo! En la cámara de los diputados se ha adoptado el pasado miércoles una disposicion importante á peticion de Meinherr Vincke, y ha sido declarar por ciento cincuenta y nueve votos contra ciento cuarenta y seis que la unidad de Italia no se opone á los intereses de la Alemania en general, ni á los de la Prusia en particular.

Y á propósito de estos acuerdos, el señor ministro de Estado don Saturnino Calderon Collantes, completamente restablecido de su enfermedad, se encargó ya el jueves nuevamente del ministerio de Estado, hallándose ya en situacion de sostener en el congreso los debates sobre los asuntos de Italia.

Los diarios de Francfort publican el manifiesto que se dice tenia preparado Montemolin: en él se ofrecian muchas reformas é instituciones liberales al país. Era natural que el señor conde no quisiera ser menos que su augusto cuñado Francisco II, su tío el emperador de Austria y hasta su hermano don Juan.

En Inglaterra no se ofrece nada: los ingleses dan ahora á Cobden una buena cantidad de algunos millones de reales por los servicios que ha prestado al país promoviendo el tratado de comercio con Francia. Cuando organizó la liga para la abolicion de las leyes de cereales, se le dieron unos seis millones por medio de una suscricion nacional; pero los perdió en negocios de ferro-carriles: volviéronle á reponer los fondos dándole por otra suscricion 4.000,000 y tambien los ha perdido: de manera que ahora se trata de darle otra buena suma y que se la manejen personas entendidas, porque está visto que el que es bueno para enriquecer el país no vale nada para enriquecerse á sí propio.

Esta costumbre de los ingleses de hacer regalos espléndidos á los que sirven bien á la nacion nos parece muy digna de imitarse.

En todas partes se está tratando ahora de abolir los pasaportes para el estranjero: la comision de presupuestos española es la que ha iniciado en Europa esta reforma: pero probablemente la España será la última que la adopte. Venga, sin embargo, aunque sea tarde y viajemos por el estranjero sin necesidad de ese documento.

Ha muerto á principios de la última semana el señor don Antonio Gil y Zárate, literato distinguido, director que habia sido de instruccion pública y autor de *Cárlos II el Hechizado*, *Guzman el Bueno* y otros dramas de mérito. Un periódico publica una especie de retractacion que dicen ha hecho á la hora de su muerte de los que considera errores cometidos en el drama Cárlos II y especialmente de la falta de respeto con que cree haber tratado á las órdenes religiosas. Esto nos recuerda las varias retractaciones que se observan en esta

Siguiente

epoca, entre ellas la del diputado señor Suances, cuyo original no pudo encontrarse.

Hace mucho tiempo que no se representa el *Cárlos II* y desearíamos verle puesto en escena, aunque no sea mas que por juzgar si contiene esos errores y faltas de que en manos de su confesor se dice que se ha retractado el señor Gil y Zárate.

En el Círco hizo la otra noche su primera salida la Ramírez y escusado es decir que hubo para ella flores, coronas y palomas. La concurrencia numerosa no cesó de aplaudirla. Sentimos decir que el resto de la compañía no es de lo mejor, si esceptuamos á la Santa María á quien tenemos alguna devocion.

Hoy tendremos bailes de máscaras en todas partes: se ha proclamado el reinado de la careta y debemos disfrazarnos interin llega el momento fatal de las retractaciones.

Por esta revista y la parte no firmada de este número.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA

LAS CRÓNICAS.

I.

¿Por qué habrá sido llamada la Edad Media por algunos escritores, la *gran noche de los tiempos*? ¿Está acaso velado al historiador y al arqueólogo penetrar en el vasto panteon de lo pasado, remover los restos de las sociedades que fueron, estudiar las condiciones de su vida, sus costumbres, sus aspiraciones y sus creencias? ¿Es de todo punto imposible escudriñar la manera de ser de una sociedad que solo nos precede al sepulcro en pocos centenares de años, habiendo dejado en todas partes grandiosos restos de sus obras, imperecederos recuerdos de su civilizacion ó de su barbarie, señales perdurables de su existencia?

Sucede todo lo contrario. Respecto de nuestra España, si bien algunos puntos acerca de la condicion social de esta ó aquella época pueden aparecer dudosos ú oscuros, en cambio se conoce sin género alguno de duda, casi siempre, en qué consistia la vida de nuestros antepasados, cuáles eran sus preocupaciones, cuáles sus costumbres, cuál el carácter distintivo de su tiempo. Al ocuparnos antes de ahora de la semejanza que observamos entre la etiqueta francesa y las costumbres españolas de principios del siglo XV, ya dijimos que materiales abundosos nos ofrecia la historia, por mas que de pronto solo se viesen tinieblas en todas partes para conocer los usos y costumbres de la Edad Media, y que indudablemente por medio de las curiosas noticias que nos trasmiten los historiadores antiguos, se nos figuraba asistir á los actos todos de la vida de nuestros progenitores, presenciando sus fiestas civiles y religiosas, sus regocijos públicos, sus bodas y saraos, sus combates, sus justas y torneos. (1)

Abramos la historia, oigamos lo que nos dice la mensajera de lo pasado, y tan pronto conoceremos la vida íntima, la vida doméstica de los que vivieron en aquellos tiempos, como la pública: sabremos cuál era su manera de pensar, su modo de vivir: nos referirá sus virtudes y sus intrigas, sus temores y sus llantos, sus goces, sus deseos, sus sinsabores.

Hé aquí un gran servicio que puede prestarnos el género de literatura mas en boga durante la Edad Media. Las *crónicas* nos ofrecen datos en abundancia, y si á estos datos agregásemos todo lo que revelarnos pueden los documentos inéditos que aun se conservan en nuestros archivos ¿no seria fácil presentar el cuadro de la civilizacion de aquellos tiempos que nuestra imaginacion considera con la poesía de las costumbres caballerescas?

Recorramos pues las crónicas antiguas para demostrar que no merecen el olvido en que yacen generalmente, y que ofrecen abundantes datos para conocer mejor de lo que se supone las costumbres, los usos, las supersticiones, las creencias de nuestros antepasados. Si á este estudio añadimos mas adelante el mas precioso todavía con que nos brindan los documentos inéditos, resultará que no puede llamarse á la Edad Media la *gran noche de los tiempos*, que no está vedado al historiador y al arqueólogo penetrar en el vasto panteon de lo pasado y examinar la condicion de las sociedades que nos precedieron, si bien sea ardua semejante empresa y requiera el mayor entusiasmo por los estudios históricos.

II.

Una de las producciones mas notables de la literatura castellana del siglo XV, es sin duda la crónica de don Pero Niño, conde de Buelna. Retrátanse en ella perfectamente los usos, las costumbres y las preocupaciones de su tiempo. Como hemos dicho en otra parte (1), su autor Gutierre Diez de Gamez, alférez y porta-estandarte del conde, que le acompañó en todas sus aventuras tanto por mar como por tierra, y se halló en las peleas que tuvo Pero Niño con los inglés en Pola y en la isla de Gersey, describió los hechos de *caballerías, de valentías é fuerzas*, con estilo claro, conciso y culto, con lenguaje natural y fácil, con elegancia y viveza, dotes que no abundan mucho en los escritos de aquel tiempo. El objeto de su crónica dice que es *loar los fechos de un buen caballero* y el *oficio e arte de caballería*. Muchos son los pasajes que podríamos acumular aquí para dar á conocer el carácter de esta crónica, enteramente caballeresco, en la cual se describen ciertamente acciones de guerra, combates navales, asedios, desafíos particulares, justas, torneos: pero tambien fiestas galantes, giras campestres, banquetes y danzas, con que se recreaba la nobleza de aquellos tiempos. Sin embargo, como solo nos proponemos demostrar la utilidad del estudio de las crónicas para conocer el carácter de las sociedades antiguas, no haremos mas que reunir algunos episodios con cuya lectura se vendrá en conocimiento de la diversidad de noticias que las mismas encierran. Y como prueba de que los detalles que en las crónicas se encuentran son de mil diversas índoles, descendiendo á veces á pormenores que podrian parecer frívolos, diremos que no se desdeña Diez de Gamez en referirnos el estremado cuidado que en la lactancia se tenia entre la clase noble, refiriéndonos en las primeras páginas que doña Inés Laso de Niño, madre del famoso Pero Niño, llevó muy á mal que este hubiese mamado cierto dia leche de otra mujer. Hé aquí sus palabras:

«E besándole, diz que era ella dueña tan humana, é de sotil sentido, que le olió que avia mamado leche agena de otra mujer: é non se queriendo confiar tanto en su sentido, fizo juramentar todas las dueñas é doncellas que á la sazon eran en la cámara donde su fijo estaba, é dixeronle como una dueña le avia dado á mamar. Tomó estonce su fijo, é fizolo meter en un manto, é traerlo á una parte é á otra, é tanto fizo, fasta que le fizo lanzar la leche; de lo cual dicen que fue non tan sano de allí adelante, é que siempre ovo la color de muda por aquella razon, aunque era fuerte caballero.»

El mismo cuidado se tuvo en la lactancia del rey don Enrique III de Castilla, pues refiere Diez de Gamez que la reina doña Juana buscaba tal ama que fuese buena, de buen linaje é limpio, moza é apuesta... «E fue dicho al rey é á la reina que non avia mujer en quien tantas vertudes oviese para ser ama, nin que mas pertenesciese cerca de su voluntad que esta era (doña Inés Laso). Estonce dijo la reina que ella la conoscia, é que era de grand linaje é bueno: é envió luego por Juan Niño, diciendo que le mandaba que trajese luego consigo á doña Inés Laso su mujer. Ellos vinieron á la córte; é la reina doña Juana dixóles la razon porque avia enviado por ellos, é como ellos solos eran escogidos en todo el reino para criar el infante: é dixoles que le tomasen é le criasen, é que les faria muchas mercedes. El caballero defendióse cuanto pudo, diciendo que non era aquel oficio para personas de grandes linajes como ellos eran: é que seguad la costumbre de Castilla, otros de menores linajes eran bastantes para criar al infante: é que si merced les queria facer el rey, que en cosas pertenescientes á ellos ge la podria facer; pero que de aquella, su merced fuese de encargar á otro, que ellos non tomarian tal cargo. E non pudiendo mudar la voluntad del rey, é de la reina, fuéronse de la córte é tomaron camino para se ir á Aragon. El rey envió en pos dellos á facerlos tornar: é mostrándoles las razones porque lo facia, é con muchas dádivas, enclináronse á su mandado; sacando condicion, que la non llamasen *ama* como á las otras, é la toviesen en otro estado mayor, é de otra mayor guisa mas que nunca otra ama fuera tenida: é así fue tenida siempre en grand cuenta. E plogo á Dios que le crió tres años sin aver mal, nin dolor, nin dolencia, nin otra cosa que le empechase. E despues que se ovo de partir, heredáronla, é diéronla tal galardon, cual nunca fue dado á otra ama que rey criase en Castilla, que montaron sus heredades é dádivas en villas é mercedes, en cuantía de 50,000 florines.»

Hé aquí la noticia que el mismo cronista nos da mas adelante, acerca de la especie de brindis y propósitos que se hacian en los convites de aquel tiempo.

Cuando al salir de Sevilla en 1403 la espedicion marítima que comandaba el conde don Pero Niño, pasaba por Coria, se detuvo en esta poblacion aquel caballero y los demás que le acompañaban; porque allí era un omé muy honrado de Sevilla, el qual vista la muestra tan fermosa, é la voluntad de bien facer del capitan Pero Niño, é de los suyos, le pidió muy afincadamente que quisiese dél ser convidado en Coria, que él ge lo ternia bien aparejado. Pero Niño ge lo otorgó por amor de algunos caballeros de Sevilla que iban con él fasta Coria: é allí fueron á comer Pero Niño, é los caballeros, é todos sus gentiles omes. Bien podedes entender qué convite seria donde estaba tanta noble gente asentados: non faltaban diversos manjares, é muchos, é tañedores de estrumentos, é fablar en guerra, é en amores. En fin, del comer traxeron un pavon asado muy fermosamente con su cola: é dixo el señor de la sala: *Yo reo agora aquí muy noble gente, que han voluntad de todos bien facer: é otrosí creo que el señor Capitan é todos sus gentiles omes son enamorados. E amor es una vertud que mucho aciva e ayuda á los que por armas han de valer: e porque aquí vemos quien mas ama á su señora e amiga, é ha voluntad de bien facer, el Capitan é todos sus gentiles omes, por mas honrar la sala, debodarán muy esforzadamente, cada uno segund su ardimento é estado.* De lo qual toda la compañía fueron muy alegres é pagados, é aun muy maravillados los que algo dello entendian. Los *codos* non los escribo porque seria cosa luenga de contar; mas yo vos digo que el Capitan entró en tales lugares donde bien pudo cada uno probar á cumplir su *codo*, como quier que la mayor parte los cumplió.»

Así describe tambien Gutierre Diez de Gamez, cuál era la condicion y cuáles debian ser las dotes de un buen caballero.

«Agora conviene decir que es *caballero*, é donde se toma este nombre *caballero*, é que tal debe ser el *caballero*, porque con verdad merezca ser llamado *caballero*, qué pro tiene un buen *caballero* en la patria donde vive. Digo vos que *caballero* primeramente es dicho por ome que continúa cavalgar caballo. Non es *caballero* quien continúa cavalgar otra cavalgadura; nin el que cavalga caballo non es por eso *caballero*: el que face el exercicio, este es con verdad llamado *caballero*. Non fueron escogidos para cavalgar asnos, nin mulos, nin omes flacos, nin medrosos, nin cobardes, mas omes robustos é fuertes sin temor é esforzados; por ende non es animalia mas concordante al *caballero* que el buen caballo. Así se falla que caballos algunos fueron leales á sus señores en los tiempos de la priesa como si fueran omes. Fállase de los buenos caballos que son fuertes, é acuciosos, é ligeros, é leales; así que un buen ome fará encima de un buen caballo mas que farán otros diez, é aun podrá ser mas que ciento, en una hora en una batalla: é por ende este tal debe ser llamado *caballero*.»

«El buen *caballero* ¿qué ha de aver? Que sea noble. ¿Qué es noble é nobleza? Que haya el corazon ordenado de vertudes. ¿De qué vertudes? De aquellas cuatro que suso dixe (1). Estas cuatro vertudes son hermanas, é en tal guisa son aliadas en uno, que el que ha la una, hálas todas; é el que de la una caresce, todas las otras le fallescen. Así el buen *caballero* vertuoso conviene que sea cauto é prudente, é que sea justo judicante, é que sea atemprado, é mesurado, é que sea fuerte, é esforzado; é con esto que haya grand fe en Dios, é esperanza de la su gloria, é de que habrá galardon del bien que ficiere, é que haya caridad é buen amor á las gentes. ¿Qué pró tiene el buen *caballero*? Digo vos que por los buenos *caballeros* es el rey é el reino honrado, é temido é defendido, é mamparado. Digo vos que mas seguro está el rey cuando envia un buen *caballero* con una hueste, é le encomienda un gran fecho, así por mar como por tierra. Digo vos que el rey sin buenos *caballeros* es como un ome sin piés é sin manos.....

»Non son todos *caballeros* cuantos cavalgan caballos; nin cuantos arman *caballeros* los reyes son todos *caballeros*. Han el nombre; mas non hacen el exercicio de la guerra. Porque la noble *caballería* es el mas honrado oficio de todos, todos desean subir en aquella honra: traen el hábito é el nombre; mas non guardan la regla. Non son *caballeros*; mas son pantasmas. Non face el hábito al monge; mas el monge al hábito. Muchos son los llamados, é poco los escogidos. E non es, nin debe ser en los oficios oficio tan honrado como este es: ca los de los oficios comunes comen el pan folgando, visten ropas delicadas, manjares bien adobados, camas blandas safumadas, echándose seguros, levantándose sin miedo, fuelgan en buenas posadas con sus mujeres é sus fijos, é servidos á su voluntad, engordan grandes cervices, facen grandes barrigas, quiérense bien por facerse bien, é tenerse viciosos. ¿Qué galardon, ó qué honra merescen? No ninguna.»

«Los *caballeros* en la guerra comen el pan con dolor: los vicios della son dolores é sudores: un buen dia entre muchos malos. Pónense á todos los trabajos: tragan muchos miedos: pasan por muchos peligros: aventuran sus vidas á morir, ó vivir. Pan mohoso, ó vizcocho: viandas mal adobadas: á horas tienen, á horas non nada: poco vino ó ninguno: agua de charcos, ó de odres: malas posadas, la casa de trapos, ó de hojarascas: malas camas, mal sueño. Las cotas vestidas, cargados de fierro: los enemigos al ojo. Guarda allá. ¿Quién anda ahí? Armas, armas. Al primer sueño rebatos; al alva trompetas. Cavalgar, cavalgar: vista, vista de gente de armas: escuelas, escuchas, atalayas, atajadores, algareros, guardas sobre guardas. Helos, helos, non son tantos, si son tantos: vaya allá, torne acá, tornad vos acá, id vos allá: nuevas, nuevas: con mal vienen estos: non traen, si traen: vamos, vamos, estemos. Tal es su oficio, vida de grand trabajo, alongados de todo vicio. Pues los de la mar, non hay igual de su mal: non acabaria en un dia su lacería é grand trabajo. Mucha es la honra que los *caballeros* merescen, é grandes mercedes de los reyes por las cosas que dicho he.»

Un elogio hace Gutierre Diez de Gamez del conde de Buelna, don Pedo Niño, demostrando qué parte tan

(1) Antiguas costumbres españolas: *Parangon y semejanza entre la etiqueta francesa y las costumbres españolas de principios del siglo XV.*—Artículo publicado en 1851.

(1) *¿Cuál es el carácter que distingue á los diversos cronistas é historiadores españoles y franceses de la Edad Media.*—Artículo publicado en 1850.

(1) Prudencia, justicia, fortaleza y temperanza.

principal tenian en la vida de los caballeros de aquel tiempo, las justas y torneos, fiestas interesantes para la juventud, sobre todo para las damas, pero que muchas veces se convertian en sangrientos espectáculos.

«El rey *don Enrique, dice el cronista, era magnánimo*, é muy católico, é honraba mucho la iglesia, é las fiestas de Dios, é de Santa María, é de los apóstoles é de los otros santos. Quando mandaba facer muy honradas fiestas é procesiones, mandaba facer justas é torneos, é juegos de cañas, é daba armas é caballos, é ricas ropas é guarniciones á aquellos que estas cosas avian de facer, especialmente cuando venian á su córte embajadores estranjeros de otros reinos. Avia en su córte muchos caballeros mancebos é fuertes que facian muy bien estas cosas. Este caballero, Pero Niño, facia estos juegos de armas tan bien é tan apuestamente, que era una grant maravilla: é puedo bien decir, que tantos caballeros derrocó él solo en justas en su vida, mas que todos los otros que usaron justar en Castilla derrocaron en cincuenta años, é los mas dellos que avian derrocado á otros.»

Sobre el gusto con que usaba armas el caballero don Pero Niño y sobre el esmero con que atendia y mejoraba las demás cosas anejas á la caballería, dice Diez de Gamez lo siguiente: «Traíase siempre bien, é muy apostado, é devisado en sus traeres, é adonábalos: mucho mejor le estaba á él una ropa de pobre, que á otros las ropas ricas: sabia sacar los trajes nuevos mejor que ningun sastre, nin jubetero, tanto que los que bien se traian tomaban dél siempre de qualquier ropa que él traxese vestida. En las armas sabia mucho, é entendia mucho: él enseñaba á los armeros á facer otros talles mas fermosos, é mas lijeros donde cumplian. En las dagas é espadas sabia mucho: él daba en ellas otras faciones, é conoscialas mejor que otro ome. En las sillas de cavalgar non sopo ninguno en su tiempo tanto: él las facia dolar, é añadir, é menguar en los fustes, é en las guarniciones, é en los atacares. En su casa se sacó primeramente la cincha partida que agora se usa. De las guarniciones del justar tenia mas que ninguno en Castilla. Conoscia caballos, buscábalos é tenialos, facia mucho por ellos: non ovo en Castilla ninguno en su tiempo que tan buenos caballos oviese como él: cavalgábalos, é facialos á su voluntad, los que eran para guerra, *é los que eran para córte, é para justa. Otrosí* cortaba mucho de una espada, é facia piques muy señalados é fuertes. Nunca fallé ome que con él cortase de una espada en su tiempo, nin que tales golpes ficiese. E en las otras ligerezas que facen los omes, é valentías, é lanzar lanza é dardo, esto facia él muy de vantaja. Lanzaba canto votado é rodeado muy recíamente, é piedra puñal. Otrosí era muy brazero: lanzaba barra muy de vantaja: á todas estas cosas pocos omes ovo que él non venciese de quantos con él lanzaron. Bien pudo aver algunos en su tiempo que especialmente ficiesen bien algunas de aquellas cosas, unos mas, é otros otras; mas un ome que generalmente ficiese tanto en todas las cosas, é un cuerpo de ome en quien todas las cosas oviese, é asi las ficiese tan acabadamente, no le ovo en Castilla en su tiempo. Allende de esto armaba muy fuertes ballestas á cinto: era muy buen puntero, asi de ballesta como de *arco, é muy certero. Era puntero maravilloso* de juego de viras. Non era maravilla si este caballero levara tanta vantaja á los otros omes en todas estas cosas; porque allende del recio cuerpo, é muy grand fuerza que Dios le quiso dar, todo su estudio é cabdal non era en él si non en oficio de armas é arte de caballería, *é de gentileza.*»

Episodios refiere Diez de Gamez en que se prueba la fuerza particular de los caballeros de aquel tiempo. Hoy vemos con nuestros propios ojos las armaduras, los capacetes de hierro, las lanzas y otras armas usadas antiguamente, y casi pondríamos en duda que los guerreros pudiesen menearse, vivir debájo de aquellos pesados vestidos, cuanto mas vencer á sus contrarios, teniendo que sostener semejante peso, y no obstante son ciertos los grandes hechos que nos refieren las crónicas de todos los paises. Hé aquí alguno de los ejemplos que nos ha trasmitido el autor citado anteriormente:

En el cerco de Miranda (1397), «llegáronse algunos á pelear con los de la villa, estando la gente de la villa por el adarve, é el adarve era bajo. Pero Niño en aquella hora estaba armado de una cota, é un bacinete, é adarga: é él era muy bracero, tanto quanto podia ser ome del mundo, *é lanzaba piedras á los que estaban en la* cerca: é tiró una piedra puñal descomunal de grande, é dió á un ome que estaba entre las almenas en el bacinete; é fue visto á juicio de muchos como aquel ome cayó atrás. Durante aquella cerca fizo Pero Niño muchas cosas en que se puso á grandes denuedos peleando segund que *lo levaba de costumbre.*»

Cuando en el año de 1403 se hallaban en Marsella varios caballeros castellanos que siguiendo al conde don Pero Niño, descansaban unos dias de la espedicion marítima que á cargo de este último habia puesto el rey de Castilla don Enrique III, enfermó el mismo Pero Niño y fue visitado hasta por los cortesanos del papa Benedicto, que en aquel entonces allí moraba. «Otrosí venian á él los mas famosos ballesteros armadores que estonce eran en aquella partida, Antonio Bonhora é Francisco del Puerto, é otros buenos ballesteros á la fama que Pero Niño tenia de grand armador de ballesta, é por ver é tentar sus ballestas. El avia allí muchas buenas, entre las quales avia una famosa ballesta é fuerte que llamaban la niña, é probaronla, é non la pudieron armar: é levantóse Pero Niño de la cama aunque aquella hora estaba con calentura, vestido un camison, é armó la ballesta á cinto.»

El mismo cronista Diez de Gamez refiere los amores del esforzado caballero castellano don Pero Niño, con doña Constanza de Guevara, y dice en general lo siguiente acerca de la manera de amarse las damas y los caballeros de su tiempo (1396).—«Sabemos bien que son loados los tales omes en las casas de las reinas, é de las señoras, é allá donde ellas están, é tenidos por buenos é amados dellas: porque las gentiles é fermosas señoras, aquellas que son para amar, siempre se tienen ellas por mas honradas, por quanto saben que son dellos amadas é loadas: é otrosí porque saben que por su amor son ellos mejores, é se traen mas guarnidos, é facen grandes proezas é caballerías, asi en armas, como en juegos, é se ponen á grandes aventuras, é buscanlas por su amor, é van en otros reinos con sus empresas *de ellas, buscando campos é lides, loando é ensalzando* cada uno sú amada é señora: é asin facen dellas é por su amor graciosas cántigas, é favorosos decires, é notables motes, é valadas, é chazas, é redondelas, é lais, virolais, é complaintas, é figuras, en que cada uno aclara por palabras, é loa su entencion é propósito. Otros encelan é loan por figuras, non osando declararse: mas muestran que en alto lugar aman, é son amados: asi que cada uno sigue su manera é guisa. E otrosí, como cada una señora desea aver para sí el mas gentil é mejor esposo é marido, é amador, que si á ellas dejasen, é fuesen en su poder, algunas dellas escogerian otros mas á su voluntad, é mas gentiles, é de mejores condiciones que non son aquellos que les dan; porque el amor non busca grand riqueza nin estado, mas ome esforzado é ardid, leal é verdadero.»

Serian, en fin, interminables las noticias de todo género que *podríamos reunir aquí acerca de las costumbres* de los siglos XIV y XV que hallamos consignadas en la crónica del conde de Buelna. En otros artículos nos ocuparemos de otras crónicas y de otros autores, mas ó menos anteriores al siglo XV, y tambien de la misma época, resultando que con su estudio puede conocerse fielmente el carácter de la civilizacion española de la Edad Media, con todos sus vicios y defectos, pero tambien con todas sus galas y virtudes.

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

ESTRACTO DEL DIARIO DE UN RUSO

EN PEKING EN 1858.

(CONTINUACION.)

El Khaï-khe me mostró su anchura en Seleng; su profundidad en el centro llega hasta trece piés; sus orillas son llanas é iguales y parecen cubiertas de arcilla; *los chinos se aprovechan de este rio cenagoso, por el* que corre una riqueza de millones; como el Baï-khe, camina formando curvas, lo que hace que el camino de agua sea dos veces mayor que el de tierra; á veces, particularmente en la época de las lluvias del estío, se desborda con estruendo inundando los caminos que hay á los lados; su cauce en algunos puntos, se eleva sobre el nivel de las cercanías y los buques que navegan en él, parece que se mueven sobre una colina. Mas allá fuimos por el camino superior, por una pradera solitaria y triste hasta el pueblo de Sian-schui-gu; cerca de él, hay una fuente de agua dulce, la única que existe en esta localidad; aquí nos detuvimos para reposar. Sian-schui-gu está á cincuenta lis de Dagu, es decir, á la mitad del camino de Tien-tsin. Hoy resolvimos ir hasta Dagu; nos pusimos en marcha á las cuatro de la tarde, y fuimos por un camino tan hermoso como el anterior; la atmósfera estaba húmeda y el aire impregnado de ese olor particular, propio de todos los paises de la costa del mar. El suelo estaba alimentado por la humedad; una nube oscura cubria todas las cercanías sembradas de colinas tumulares y en algunos puntos de grupos de árboles verdes, de los cuales iba separándose *la niebla, de modo que la vista podia estenderse* libremente alrededor de este hermoso panorama; despues nos acercamos al Kaï-khe que iba ensanchando por grados. Atravesamos algunos arroyos por unos elegantes puentes de madera; las orillas arcillosas y desnudas de estos arroyos, destilan agua despues de bajar la marea; los puntos mas bajos de las sinuosidades que formaba el camino, estaban cubiertos de cañaverales de un verdor y de una frescura estraordinaria. Las tradiciones auténticas dicen que aquí desaguaba en otro tiempo en el mar, el rio Amarillo, que dejó como vestigios de su paso, el lago y el pantano que se estienden desde entonces hácia el Sudoeste en esta llanura. Este pantano y este lago llevan al Khaï-khe el arroyo llamado Gu que tiene el aspecto de una zanja; hay arroyos que salidos del Khaï-khe, desaguan en él; cuando sube la marea, estos arroyos se llenan de agua y ejercen menos influencia en el Khaï-khe; pero cuando el reflujo, el agua de todos ellos se precipita con estruendo en el rio; en algunos de ellos hay esclusas. El suelo está aquí indudablemente aumentado por capas de aluvion y formado de una arcilla amarillenta y pegajosa que los habitantes de estos pueblos emplean á falta de piedra para edificar sus casas con mucha limpieza. Pasamos el vasto pueblo de Ge-gu notable entre los demás, porque cuando la última guerra con los ingleses, los buques mercantes chinos se detenian aquí y no podian navegar mas allá; las mercancías se trasportaban á los almacenes de Tien-tsin en carros tirados por bueyes ó en pequeños bateles. Las calles de Ge-gu como las de todos los pueblos de esta parte se distinguen por su limpieza lo que es sumamente raro en la China. En la actualidad Ge-gu está ocupado por un destacamento de tropa y en varios puntos habian establecido piquetes de soldados; en el camino encontramos algunas pequeñas patrullas de los guardias de caballería de Peking. A poca distancia de Ge-gu pasamos por delante de Sin-tcheng, que tambien se hallaba ocupado por las tropas de Peking; allí encontramos una estacion de buques de guerra y marineros *para defender la embocadura del Khaï-khe. El camino* pasaba al lado de plantíos de árboles frutales, entre los cuales se veia el verde claro de los sembrados de centeno; para el riego habia establecidos canales y grandes estanques, al lado de los cuales se hallaba la paja del arroz cogido en el último año. Estos plantíos son el término de toda vegetacion; mas allá, hasta el mar en una estension de diez y seis lis no hay ni arbustos ni yerba; las innumerables colinas tumulares son la única variedad que presenta este terreno inculto. La costa del mar, sin embargo, no es improductiva; está ocupada por salinas (de las aguas marinas) que abastecen de sal á Peking y á todo el gobierno de Tchi-lis-ki. Los naturales de este país se dedican á la pesca de mar y á la de una especie particular de cangrejos. Cuando llegamos á Da-gu era ya tarde y empezaba á llover. Durante largo tiempo fuimos por sus calles desiertas y silenciosas, buscando el cuartel perteneciente á la corona; por todas partes encontrábamos cabañas, hechas de tierra y cubiertas de algunas capas de arcilla; en ellas vivian los soldados de infantería; habia tambien pequeños canales sin agua, y en distintas direcciones, que servian para comunicacion y paso de la caballería; en algunos *puntos estaban ya formados como si tuviesen que pe*lear en las puertas de sus cabañas. Ya habia empezado en aquella época el sistema de construccion de fortificaciones que llegaban hasta las baterías de la costa en una estension de cinco ó seis lis; el plano de estas fortificaciones le tenia yo ya en Peking. Al fin, en medio de una noche oscura y lluviosa llegamos á uno de los cuarteles de la corona, y nos colocaron en un pequeño templo de un ídolo. La habitacion que ocupamos no tenia mas que las paredes desnudas, no habia allí mueble alguno. Se escusaron con nosotros diciendo que en la actualidad no habia en Da-gu mas que gentes de Peking que ocupaban las casas particulares. El templo estaba en una orilla del Khaï-khe, no lejos de su embocadura en el mar, y nosotros oíamos los dulces cantos de los marineros que á pesar de la oscuridad y de la lluvia de la noche habian conducido sus buques al fondo de la *embocadura, apresurándose á separarse* de los inesperados huéspedes europeos. Es muy notable el ver que los habitantes del litoral y los marineros hablan con un acento suave, ligando mucho las palabras y prolongando el acento de la última, al paso que los habitantes de las montañas próximas á Peking se distinguen segun he observado, por su pronunciacion *fuerte* y *cortada*.

Poco despues de estar allí se nos presentó el complaciente y agradable mandarin Bian que habia sido llamado de Tsang-tchu por Tan-ting-siang gobernador general de Tchi-lis-ki para entenderse con los europeos. Manifestó, segun costumbre el placer estraordinario que le causaba nuestra visita, y buscó otro alojamiento mas cómodo. Bian, en sus viajes por mar habia ido siempre en buques rusos y se espresó en un sentido de verdadera simpatía hácia las tripulaciones de estos buques. Entramos en otro barrio en casa de un rico comerciante y ocupamos una habitacion mucho mayor y magnificamente adornada que servia de biblioteca al amo de la casa; hay que advertir que esta biblioteca no tenia libros; en casas bien montadas, esta habitacion sirve ordinariamente de sala de recibo. Pusieron á nuestra disposicion algunos criados los cuales aparentaban tanto celo por nosotros, que no permitian que nuestros criados nos sirvieran y estaban siempre de pié en la parte de afuera de la puerta, tratando de anticiparse á nuestros deseos. A media noche nos presentaron la cena que estaba compuesta de veinte platos, condimentados al estilo de la cocina comun de Da-gu; esta cena era *por cuenta del gobierno que mantenia á los empleados* militares y diplomáticos que habian venido aquí de todas partes como quien va á un espectáculo. Las provisiones eran traidas en buques, de la parte superior del rio: todos los dignatarios se apresuraban á acudir diariamente á la mesa del gobierno para el número de comidas á que cada uno se hallaba invitado segun su rango. Toda la noche tuvimos encendida la linterna y los criados estuvieron velando; afortunadamente aquí no sufrimos el ruido incesante de los guardianes.

25 *de abril.*—Por la mañana temprano nos levantamos porque nos despertó el ruido de un viento fuerte

UNA FAMILIA CHINA. (DE FOTOGRAFÍA.)

que soplaba del lado del mar; á un lado de nuestro cuartel se levantaban dos mástiles muy altos, con un lienzo desplegado para indicar á los buques la direccion y alteraciones del viento; debajo del lienzo habia pendientes unas cuerdas que por su mayor ó menor desviacion de los mástiles indicaban la fuerza del viento. El cielo estaba sereno; el viento soplaba constantemente del Este; segun decian, sopla diariamente en esta direccion hasta mediodía; despues cambia su direccion hácia el Este al mismo tiempo que la marea; nosotros tuvimos necesidad de esperar que cambiara el viento para pasar á nuestro buque. A las diez de la mañana almorzamos con estraordinario lujo, pero en razon á las circunstancias fijamos poco en ello nuestra atencion. El presidente del tribunal de rentas de Tchi-lis-ki nos envió frutas por cuya razon fuimos á visitar á algunos dignatarios que Tan-ting-sian habia llevado consigo á Dagu como hombres espertos en los negocios para conferenciar con los europeos; el agente mas activo de entre todos era Bian. Nos presentaron tambien dos oficiales de la guardia que estaban encargados con Bian de conducirnos

UN BAILE DE MASCARAS EN EL TEATRO REAL.

á nuestro buque. Los dignatarios, entre otros se habian reunido en nuestra casa, y se lamentaban de la dureza de los ingleses que no querian tratar de arreglar los negocios con las ceremonias debidas y afligian á los altos dignatarios chinos al despreciar estas conferencias. La violacion de las formas de la etiqueta produce mal efecto en los chinos en general, pero mas particularmente en los mandarines que no olvidan las ofensas; los chinos reconocian su falta, pero no se hallaban lejos de avenirse con los europeos, ó por lo menos de moderar su sentimiento de aversion y desden contra ellos.

A las dos de la tarde Tan-ting-sian nos envió dos palanquines y en seguida nos dirigimos hácia la costa del mar acompañados de una multitud de curiosos; á la mitad del camino pasamos por delante del magnífico miao (1) del ídolo Khai-schen (consagrado al espíritu del mar) en el que estaba alojado Tan-ting-sian con su séquito; para causar una impresion magnífica y grandiosa habia ordenado que sus soldados se formaran en línea en nuestro camino, estos se formaron en una línea curva, conforme con la localidad y la situacion del cuartel. Los soldados tenian lanzas y arcabuces que necesitaban estar sostenidos por dos hombres; una hilera de estos, estaba entre los cañones que se hallaban á lo largo, y tenian sus toscos fusiles sobre las cureñas ó en pabellon. La mayor parte de los soldados eran mercenarios, segun estaba escrito en una placa que llevaban en el pecho; su equipo habia sido hecho por el gremio de los mercaderes de Tien-tsin. Entre ellos no habia ni un solo soldado de caballería; yo consideraba con compasion que estos escogidos defensores del país carecian de instruccion militar y de disciplina y que en caso de combate hacian esperar una ruina inevitable; todo lo que los rodeaba segun la disposicion de los estratégicos chinos respiraba la muerte y anunciaba la derrota. Atravesamos por entre este terrible ejército y á la izquierda pasamos rápidamente la ancha sábana de agua que hay cerca de la embocadura del Khaï-khe rodeada de verdura. Aquí el Khaï-khe desagua en el mar despues de un curso del Nordeste al Sudeste. Por un terraplen llegamos á las fortificaciones de la costa y entramos en ellas por la puerta militar; las baterías, con las trincheras se estienden á lo largo de la parte baja de la costa; aquí entramos en una tienda inmediata al mar y cuya parte superior estaba cubierta por fuera con una estera fina; interiormente se hallaba forrada de paño encarnado y de piqué de seda; dentro de la tienda habia una larga mesa en la que habia preparados algunos platos con frutas secas; al rededor de la mesa estaban colocados algunos sillones de maderas preciosas; en esta tienda recibian ordinariamente á los huéspedes europeos, cuando llegaban aquí para las negociaciones.

(Se continuará.)

M. DE ABELLA.

(1) Miao en chino, significa templo.

El elegante mascarit ganado
Prefiere siempre á la Pradera el Prado

Para verdades el tiempo
dice un antiguo refran,

Para verdades el... Prado
de Madrid en Carnaval.

JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

I.

Con los últimos años del siglo XVI terminaban en España tres cosas: su prepotente influencia en Europa: las guerras y hazañas sin cuento de nuestros bravos capitanes, y la severa etiqueta de la córte austriaca, verdadero tipo de la mas refinada hipocresía.

Felipe II habia entregado su mismo cuerpo, como última prenda de cariño, á su magnífico monasterio del Escorial, y el sucesor preludiaba ya en todos sus actos, el galante y poético reinado de Felipe IV, que era al mismo tiempo el de nuestra literatura, el de las aventuras galantes, y el de las pequeñas intrigas.

Para responder al carácter de esta nueva época, brotó del austero manto del monje la colosal figura de Lope de Vega, y tras él y como ideas rezagadas, ó efluvios misteriosos de su génio, Miguel Sanchez, Aguilar, Tarraga, Guillen de Castro, Ramon, Amescua y Montalvan.

Cada uno de estos escritores, siguiendo las huellas de su gran predecesor, cultivó sin embargo un género propio, en armonía con su carácter y gusto dominante, consiguiendo dar á las obras que salieron de sus manos esa fisonomía especial é indestructible que presta el estilo á las ideas de los hombres.

Pero la diferente constancia de cada uno, su altivez ó modestia, la diferente fuerza de su inspiracion, y tal vez la suerte ó el capricho, relegaron á muchos á los empolvados estantes de las bibliotecas, donde permanecen en el olvido, y concedieron á otros, de mejor fortuna, ya el ser trasplantados á estraños paises, por un génio su admirador, ya legarnos íntegras sus obras, para que la crítica desapasionada las juzgase.

Hé aquí lo que ha sucedido con Guillem de Castro, imitado por Corneille, y con el doctor Juan Perez de Montalvan, cuya biografía intentamos trazar.

II.

Alonso Perez de Montalvan, librero de S. M. Católica el buen rey Felipe III, era el brillante astro en cuyo

derredor giraban todas las celebridades literarias de la córte, aficionadas como siempre á cultivar la amistad de impresores renombrados, y á vivir entre los libros que son su alimento espiritual y corporal.

Una noche de invierno del año 1609, cuando una mortecina luz, alumbraba debilmente la principal pieza de la tienda librería, y el cierzo del Guadarrama silbaba con fuerza á la puerta de la habitacion, veíanse reunidos en ella algunos hombres, cuyas espresivas fisonomías y penetrantes miradas, hacian adivinar la inteligencia, y cuyas espaciosas frentes tersas y de saliente curvatura, hubieran sido para Lavater el mas seguro indicio de su imaginacion.

El que se hallaba sentado en el centro, y cuyo ropaje talar hacia aparecer mas grave su fisonomía, y mas autorizados sus cuarenta y cuatro años, leyó con voz sencilla y sin afectacion una larga poesía, y escuchó sin orgullo ni modestia, los plácemes que le tributaban á la vez los vates reunidos.

El ruido de una puerta interior que se cerraba, como si alguno la abandonase repentinamente, y de unos pasos ligeros y contenidos que se alejaban, acompañaron tambien al final de la lectura.

El autor de la poesía fijó una mirada inquiridora sobre la puerta, y Alonso Perez comprendiéndola salió á ver quién era el curioso, que así venia á sorprender los pensamientos del *Fénix de los ingenios*.

Al poco tiempo volvió, trayendo aprisionado entre sus manos al delincuente, niño de unos ocho años, hermoso con la hermosura de la inteligencia, y cubierto de rubor como convencido de su falta.

El buen Lope de Vega le sacó de los brazos de su padre (que tal era Alonso Perez) y haciéndole sentar sobre sus rodillas le preguntó con voz dulce y tierna, á que animaba una sonrisa.

—¿Te gustan los versos, muchacho?

—Sí señor, mucho, contestó el niño bajando la voz cuanto le fue posible.

—¿Y escuchabas los que yo leia?

—¡Cómo no sabia que era malo escuchar!

—¿Y quién te ha dicho que sea malo?

—Mi señor padre que me ha regañado.

—Vamos, mi buen don Alonso, dijo Lope sonriendo y mirando al librero, que escuchaba á su hijo entre enfadado y vanidoso, dejadle que escuche cuanto le plazca y no le regañeis por mí.

El niño miró á Lope con gran cariño, como dándole las gracias y despues de un momento de reflexion le dijo tímidamente.

—¿Y permitireis que os escuche siempre que leais, como á mi padre habeis dicho?

—Ciertamente.

—¿Y me direis cómo se hacen esos versos tan bonitos?

—Mucho pides ya ¿para qué quieres saberlo?

—Para hacerlos cuando sea mayor.

Lope miró fijamente al niño: al través de la inocencia de su fisonomía, descubrió en sus ojos algo de grande y de profundo: adivinó el genio en el capricho del momento, y dirigiéndose á su padre le dijo:

—Cuidad bien de vuestro hijo, don Alonso, y pensad que mucha honra ha de dar á vuestro nombre, si le dirigis por buen camino.

Despues dió á su infantil amigo, unos versos suyos, que impresos sobre la mesa habia, y le dijo:

—Yo seré tu maestro, pero para probar tu aficion, veamos si te aprendes estos de corrido.

El niño salió loco de alegría: los vates desfilaron uno tras otro de la tienda del librero, para no esponerse mas tarde á topar con la tizona de algun rufian, y la tienda quedó desierta.

Media hora despues, cuando Alonso Perez despues de rezadas sus oraciones se dirigia á su aposento, oyó una voz infantil, que repetia apresuradamente unos versos *bien conocidos*.

Era su hijo que se arrullaba al dormirse con la esperanza de cumplir para la mañana siguiente, el deseo de Lope de Vega.

¡La amistad de este ingenio, y los triunfos de su inspiracion, fueron las únicas páginas felices, de la desgraciada vida del poeta!

III.

Tres años despues entraba Juan Perez de Montalvan en la universidad de Alcalá.

Allí veia frente á frente, á casi todos los grandes hombres de la época, que ya le dirigian su voz como maestros, ya pesaban los quilates de su ingenio como condiscípulos.

Montalvan luchó con perseverancia para igualar al mas altivo; para saber todo lo que su pensamiento le proponia á cada paso, y sobre todo para acercarse á Lope de Vega, estrechar su mano y decirle: soy digno de tí: he cumplido como bueno el deber que me trazaste: me encuentro en el camino que te ha llevado á la gloria, y trabajaré sin descanso para ser tu imitador.

Una vez salvados los grandes escollos de los primeros trabajos: una vez dominadas las lenguas muertas, que eran entonces la espresion necesaria de las ciencias, y aprendidas estas, en cuanto podian calmar por un instante la sed de su entendimiento, Montalvan volvió los ojos hácia su idea favorita, y soñó de nuevo ornar sus sienes con el laurel de la poesía dramática.

A los diez y siete años, cuerró en lindos versos su primer ensayo: el teatro le recibió con cariño, y poco tiempo despues dos corrales famosos de Madrid, invitaban simultaneamente al público, para que aplaudiese una de sus obras (1).

Pero aunque aquel genio tenia una vida propia, que se vislumbraba en grandes rasgos, la sombra de Lope de Vega seguia cubriendo su figura: llevaba su mano al papel, y le hacia trazar pensamientos que estuviesen en armonía con sus pensamientos: llevaba su poder á los ojos, y le hacia ver únicamente los objetos que él veia: llevaba sus latidos al corazon, y le obligaba á sentir á compás de su sentimiento.

Una noche, cuando habia terminado felizmente sus primeras comedias, y se disponia á emprender una carrera, que al mismo tiempo que terminase sus estudios científicos, basase sus esfuerzos literarios, la inseparable sombra penetró en su habitacion, cubierta con su severo ropaje talar.

Así creyó verla Montalvan, con los ojos siempre abiertos de su imaginacion, y se dispuso á obedecer sin escusa alguna los preceptos que de aquel estraño modo podria darle el gran Lope.

La sombra se cubrió primero con la hopalanda, pero sus manos la desgarraron con presteza, y vistiendo el traje y las armas de caballero, y rápida como el rayo, apareció en Flandes. Al terminarse una gran batalla, que la exaltada imaginacion de Montalvan se habia representado detalladamente, la sombra de Lope pareció sufrir mucho. Sentada junto al campo del combate y con una mano sobre su frente, pregunta á su pensamiento por qué permanece ocioso, mientras se cansan sus manos y su espada. Despues huye repentinamente de su tienda y flota sobre los mástiles de una gran armada: pero el viento de los mares la adormece, y para buscar nueva vida prueba las dulzuras de un amor puro y duradero: la muerte de aquel amor hace brotar su llanto, y la sombra viste con placer el austero hábito del sacerdote.

Es decir que Montalvan sueña con la vida de su maestro, y ve al poeta en el religioso, no en el guerrero, ni en el político, ni en el hombre de familia. Desde entonces no dudó un momento.

Era preciso que buscase pronto, tan pronto como su atrevida imaginacion lo exigia, y su ardiente corazon lo mandaba, el estado mas propio para dar culto á su aspiracion de toda la vida.

Una circunstancia estraña y especial, acabó de señalarle su destino. Un comerciante de Lima, don Tomás Gutierrez de Cisneros, á quien no conocia, por medio de una galante carta, que fue uno de los mayores triunfos del poeta, le confirió una capellanía y pension para ordenarse, enamorado de la belleza de sus versos.

Entonces dirigiéndose á su propio pensamiento y al de su inspirado modelo, esclamó.

—Vestiré el hábito, santuario que me aislará con mi pensamiento del resto del mundo, y abrazaré en el templo tu gran figura, y sentiré lo que tu sientas, y llegaré á ser el poeta querido de la multitud, que me aplaudirá en el rincon de mi retiro.

Al dia siguiente Montalvan empezó la teología.

¡A los veinte y tres años, sin un momento de descanso, sin un minuto de reflexion, se hizo sacerdote y entró en la congregacion de los Naturales de Madrid, de que era capellan mayor Lope de Vega!

IV.

Trece años despues, y al anochecer de un dia frio y lluvioso, un hombre triste y meditabundo, con el sombrero caido sobre la frente, y embozado en su ancha capa, entraba á largos pasos por las sombrías habitaciones de una casa espaciosa y regularmente amueblada.

Sin vacilar, y como quien está muy seguro del sitio donde se halla, se acercó á una pequeña puerta cerrada, levantó lentamente el picaporte y entró.

Un criado que dormitaba en un ancho sillon de baqueta, se despertó sobresaltado al oir sus pasos, y provisto de una luz que sobre la mesa habia, precedió al recien llegado hasta una alcoba, sencillamente lucida de blanco, sin adornos ni muebles de ninguna clase, y provista únicamente de una pobre cama, sobre la cual estaba tendido un hombre.

Aquel hombre agonizaba.

Sin embargo, al ruido de los pasos, y al oir una voz bien conocida, que le decia:

—Hoy estás mejor, Juan, tu cara me lo dice:

Volvió con un penoso esfuerzo su cabeza hácia la parte donde vibraba la voz, y alargó su descarnada mano con efusion al recien venido.

Este era don Pedro Grande de Tena.

El moribundo Juan Perez de Montalvan.

El pobre poeta, despues de una lucha superior á sus fuerzas, habia dejado volar demasiado su imaginacion, y encontró como último término de su corta carrera la locura. Hacia seis meses que su razon no acudia á su auxilio, cuando su pensamiento queria ocuparse en lo pasado: hacia seis meses que no salia de aquella miserable estancia, ni de las manos de dos criados, que le vigilaban constantemente.

Solo el sensible amigo que va á recibir su último aliento, no ha olvidado un instante su amistad.

Era su hermoso ideal, como Lope lo fue para el pobre loco.

Por eso corrió una lágrima por sus mejillas al observar el estado de Montalvan, y no pudo menos de dar salida á sus temores diciéndole dulcemente.

—Te encuentro mas abatido y triste que de costumbre, y me sorprende, amigo mio, en tu ánimo esforzado.

—Es que hoy pienso, contestó el enfermo con lentitud, y veo claramente que he llegado al fin de mi carrera, sin haber podido alcanzar el término de mis propósitos.

—¿De tus propósitos dices? Tienes un nombre ilustre que Madrid respeta y admira: te quieren muchos amigos: te celebran muchos ingenios, y temen tu fantasía muchos críticos mordaces.

La fisonomía de Montalvan se fue exaltando por grados al oir las palabras de su amigo: sus ojos parecian quererse salir de las órbitas: volvió el color á sus pálidas mejillas: volvió la fuerza á sus manos, que estrechaban violentamente las de Pedro Tena, y sentándose rápidamente sobre el lecho, como si su enfermedad hubiese desaparecido de repente, dijo en voz muy baja.

—Escucha tú y escuchad todos los que me conocísteis: cuando yo vestí el hábito que abate mis hombros *tenia solo veinte y cuatro años*.

¿Comprendeis lo que son veinte y cuatro años, en un hombre que solo vive para su espíritu, que ve tan grande como es todo lo que le rodea y quiere abarcarlo; que solo escucha la voz de su imaginacion, y sigue á una sombra querida, que le predice el camino de la gloria!

Pasaron cuatro años, y yo era feliz, ¡muy feliz! todos me sonreian al pasar, estrechaban mi mano, y me ofrecian mil enhorabuenas por mis versos: Lope me elogiaba y me queria como hijo: yo iba mas allá de lo real con mi pensamiento, y me creia dueño de la gloria que habia forjado.

Pero despues, todos á una voz, se conjuraron contra mí: arrancaron la corona que yo creia ya sobre mis sienes, y no pudiendo luchar porque no hallaba armas en mi corazon, creí que me odiaban, porque podia intentar rebajarlos. Este pensamiento me atormentó mucho tiempo, y escribí mi *Para todos*, y dije de ellos cuanto pude, y alabé sus grandes dotes, y les consagré mi admiracion. Pero no cejaron un solo instante, y me obligaron á abandonar los impulsos de mi pensamiento: corrí á la novela, á las vidas de santos y á los libros devotos, pero siempre hallé el insulto que me perseguia, la ira enconada que me amenazaba, y la burla que helaba las ideas en mis labios.

Rompí mi pobre pluma ¡que era tan dócil para mí! ¡que describia tan bien mi pensamiento! ¡que alentaba mi tristeza! ¡que me daba fuerzas para sufrir! Entonces fue, Tena, cuando les dije «que renunciaba á las batallas, porque me habian hecho competencia lo que era divertimiento.»

Poco despues murió Lope de Vega.

Sin Lope y sin versos, mi imaginacion ha buscado un nuevo campo en que ejercitarse, pero me he visto sujeto por este traje, que me impide volar por el mundo y morir con la espada, que es la muerte del héroe: he descubierto en el fondo de mi corazon, pasiones que jamás podrán ser satisfechas: he adivinado viajes, glorias estrañas, amores, y entonces...

La mano de Tena fué á sellar los labios del moribundo, pero este la apartó dulcemente y añadió:

—No tengas cuidado, amigo mio, voy á morir: he recobrado la razon, y ella me ha dicho que despues de esa terrible época de mi vida, me volví loco, y ¡loco muero!

Y como si estas palabras abatiesen de nuevo sus fuerzas, cayó sin movimiento sobre la cama.

Pocos minutos despues, el poeta habia espirado, antes de cumplir los treinta y seis años.

Al dia siguiente (26 de junio de 1638), un cortejo, poco lucido, pero triste y ganoso de tributarle el último lauro, acompañaba el cadáver de Juan Perez de Montalvan á la iglesia parroquial de San Miguel ó de los Octoes, perteneciente á la congregacion de sacerdotes, de que formaba parte el desgraciado ingenio.

¡España perdia un poeta que no se supo odiar! ¡los vates que le acompañaban, un maestro que solia ser un hermano!

Para él se inspiraron, y á porfia quisieron señalar á sus sucesores las grandes dotes de su genio. Pellicer termina su elogio con estas bellas frases: *Dejó en su muerte lástima y deseo, y aun la envidia le lloró*, y Grande de Tena publicaba poco tiempo despues sus cariñosos recuerdos, en un libro titulado: *Lágrimas panegíricas á la muerte del doctor don Juan Perez de Montalvan*.

¡Era la primera vez que el *don* iba unido á su nombre, al que la crítica no habia permitido ese alarde de nobleza!

¡Sus títulos eran solamente una burla de doctor, una

(1) No hay vida como la honra.

vida entregada al estudio, y un genio que honraba á su gran país!

V.

Hace muy pocos meses y en un pueblo no lejano de esta córte, me hallaba veraneando con varios amigos.

En uno de los interminables ratos de conversacion, que animaban nuestra monótona existencia en aquel lugar, un amigo mio citó la conocida quintilla empezada por Montalvan sobre un cuadro de San Gerónimo, en el estudio de Velazquez:

Los ángeles á porfia
Al santo azotes le dan
Porque á Ciceron leia

Y continuada por Quevedo, con aquella inicua crítica

¡Cuerpo de Dios qué seria
Si leyera á Montalvan!

Mi amigo añadió.

—De esta sola quintilla deduciria yo, sin mas datos, que debia ponerse á Montalvan al frente de la mitad de nuestros escritores dramáticos, siendo indudable como lo es, que la crítica de Quevedo se ha estrellado siempre contra los grandes hombres de su época.

—Tienes razon, le respondí, y dispénseme el satírico ingenio, si en esa crítica le encuentro tan débil como al autor de aquella insulsa copla tan conocida:

El doctor tú te lo pones
El Montalvan no lo tienes:
Con que, en quitándote el don,
Vienes á quedar Juan Perez.

—Pero leyendo á Montalvan, continuó mi amigo, se advierten las grandes ventajas que sacó á su gran modelo. Hay mas gusto, mas energía, un lenguaje mas cuidado, y mas pensamientos grandes, en el pobre loco, que en el opulento Ovidio español. Recorriendo la lista de sus obras podemos convencernos de esta verdad, y aun no fijándonos mas que en sus producciones conocidas generalmente, se ocurren á la imaginacion notables ejemplos de sus envidiables cualidades.

¿Quién no oye con placer aquellos versos tan ingeniosos de *No hay vida como la honra*.

¿Yo por mi mujer infame?
¡Oh mal haya el inventor
De este género de honor,
Si honor es bien que se llame
Cosa que no está en mi mano
Y estriba en agena culpa!
Pero dará por disculpa
Algun político humano
Que, como por sacramento
Son el hombre y la mujer
Una carne, un alma, un ser
Una vida y un aliento,
El agravio se reparte
Segun es la cantidad,
Y como por vecindad
Le alcanza al hombre su parte.

Y aunque puedan tacharse de algo libres en boca de una dama, ¿se atreveria ningun poeta de su edad, á rechazar los siguientes de *Como padre y como rey*?

¿Y cuándo de parte de la dama
El vulgo está, que vuelve por su fama?
No hay deshonra mas cierta
Que el coche de un señor en una puerta.
Ven que en palacio están mi hermano y padre,
Ven que há seis años que murió mi madre,
Ven que á caballo por mi calle pasa,
Y ven que entra en mi casa
Porque ven la carroza,
Vuestra alteza galan, Violante moza
El honor melindroso,
Poca mi dicha, el vulgo malicioso,
Vos señor, yo mujer, ¿no es cosa clara
Que piensen todos lo que yo pensara?

Ademas, á pesar de lo mucho que han variado las costumbres y las exigencias teatrales, no se desdeñan hoy en nuestra escena: *La Toquera vizcaina*, *La Doncella de labor*, *Los Amantes de Teruel*, y algunas otras comedias del buen doctor.

—Veo, le respondí, que estás muy entusiamado con sus obras; y aunque yo participo tambien de tu entusiasmo, no dejo de conocer sus defectos. Montalvan es muchas veces amanerado, se sujeta otras demasiado servilmente á Lope y algunas compite con Góngora en mal gusto y rebuscadas imágenes. Es bello, pero puede servir de muestra de gongorismo dulcificado el siguiente pasaje de *La mas constante mujer*.

Yace en el Apenino hermoso un prado
Tan vestido de murta y espadaña
Que mas de algun arroyo ha murmurado
Que se quiere casar con la montaña:
Pasa un rio por él, no sin cuidado,
Porque como es galan y está en campaña,
Parezca en él, aquel cristal deshecho
Tahali de plata que le cruza el pecho.

—Si es que te propones criticarle, ó mas bien censurarle, no tienes mas que analizar sus obras en prosa, pero no seré yo quien se atreva á criticar al pobre loco que escribió el *Para todos* su deseo de encontrar un género libre de la envidia.

—No creas tampoco que yo tiendo á desprestigiarle: me encantan algunos de sus pensamientos, y no será estraño que me sorprendas repitiendo sus consejos amorosos ó sus atrevidas imágenes.

—Es decir, que convenimos en elogiarle, puesto que han pasado suficiente número de años, para que pueda hacérsele justicia.

—¿Crees tú, acaso, necesaria la envidia en literatura?

—No me atreveré á afirmarlo: pero á lo menos es un acaso como el producido por el enganche de un boton en una mantilla, y estos acasos son del número de los usuales.

—Para eso tiene la gloria el literato.

—¡Por eso le es preciso el martirio! dijo mi amigo tristemente.

En esto se oyó la voz del fondista que nos llamaba á la mesa, y la campanilla que acompañaba á su invitacion.

—Dejemos, dije yo, de pensar para entristecernos: el mundo continúa lo mismo á pesar de nuestros proyectos y lo mas que podemos hacer por los que han muerto, es consagrarles un recuerdo.

La suerte ha designado hoy á Montalvan.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

EL CARNAVAL.

Llegó la estacion hermosa
Que al alma consuelo dá;
Su luna nos presta enero,
Su alegría el Carnaval.

Niñas las de quince á treinta,
(Y admito algunas con mas),
Pues la ocasion ha llegado
Taparse bien, y á bailar.

Capellanes nos espera
Con su *chotis* y su vals,
Sus danzas americanas,
Y su alegre sociedad.

Allí lo mismo se admite
La calesera que el frac,
La gorra de piel de nutria
Que la gabina de Aimabl.

Por aquella galería
Vereis unidos cruzar,
Diputados y toreros,
Sastres y jueces de paz,
Modistas de cuarto piso,
Y aristócratas *pur sang*.

Vereis una cantinera
Que á un morito el brazo dá,
Y una beata bailando
Con un diablo colosal.

Si teneis sed, tomaremos
Cuanto os agrade tomar,
Desde la humilde sardina
Al noble *pate foi gras*.

Si no os gusta el Valdepeñas
Podemos pedir Champagn,
Que allí se encuentra de todo...
Escepto lo que no hay.

Nos iremos tempranito,
Para no perder el Real,
Donde ocasion de cien bromas
De fijo no ha de faltar.

Ya estamos dentro, ¡qué lujo!
¡Qué imponente magestad!
Todos parecen señores,
Todas duquesas... ó mas.

¡Qué de gritos en la sala!
¡Qué de risas mas allá!
¡Qué de palcos entornados,
Y de ojos sin entornar!

¡Mirad! Allí va Quevedo
Con madama Montespan,
El la pide una *habanera*,
Y ella le pide señal.

La caja de los anteojos
Da el poeta á la beldad,
Mas pide en cambio otra cosa
¡Sabe Dios lo que será!

¡Ola! por allí disputan;
Buena gresca se va armar,
Si no retira un gitano
Lo que ha dicho á un musulman.

¡Mascarita, te conozco
Grita un pollo muy locuaz,
Abrazando á una manola
Que de un *gregó* va detrás.

Y todo se vuelven citas,
Y música celestial,
Y ¡te adoro, prenda mia!
Y, ¡te veo, perillan!

Que el carnaval es el tiempo
Que esperan muchas quizá
Para con careta al rostro
Poder decir la verdad!

¡Esto es hoy! luego del Prado
Las dulces tardes vendrán,
Y la muchedumbre loca
Como hoy, ni menos ni mas,
Dará espansion á la lengua,
Y pasto á la voluntad.

Vendrán las danzas alegres,
Y el estrépito infernal,
Y las carrozas *vestidas*,
Y la burla sin disfraz,
Y el epigrama sangriento,
Y la lisonja vulgar,
Y la oculta simpatía
Que al cubrirse se verá,
Y la ilusion de un instante
Nacida y muerta á la par.

¿Y despues?... Vendrán los años
Y en cada uno un carnaval;
Pues como dice la copla
Y dice una gran verdad,
Solo nosotros nos vamos,
Para no volver jamás.

M. DEL PALACIO.

EL CASCARO DE NUEZ.

CUENTO FANTÁSTICO-MARÍTIMO.

(CONTINUACION.)

—Pues como iba diciendo, mis queridos camaradas aquella hechicera princesa atracó al costado de Mustafá y le dijo, dándole dos golpecitos en el hombro: «¿A qué acaecimiento próspero ó adverso debo la dicha de tener en mis desconocidos y sagrados dominios al terror del Mediterráneo?» Mustafá levantó la cabeza al oir tan inesperada pregunta, contempló á la muchacha durante dos minutos escasos, sin dulcificar apenas el mal cariz de su rostro, y se engolfó de nuevo sin haber desplegado los labios en el proceloso mar de sus hondas meditaciones.

—¿Y no se conmovió ese tunante desde el tope á la quilla—preguntó uno de los marineros—al encontrarse á solas con una mujer tan seductora?

—¡Y que tenia unos ojos tan macarenos y provocativos!—añadió otro.

—¡Y una boca tan pequeña y tan mona!—prosiguió un tercero.

—¡Y unos dientes tan menudos y tan blancos!

—Y unos labios tan finos y encarnados que estarian diciendo: ¡bésame!

—¡Y una cintura tan delgada y flexible como un mastelero de sobre-juanete!

—¡Y una popa tan soberana!

—Pero haceos cargos, mis bravos é inflamables camaradas,—les dijo el *Zorro-marino*, cortando aquella andanada de esclamaciones—haceos cargo que el pirata Mustafá habia corrido á nado, con tiempos duros y mar gruesa, siete millas por lo menos; que esto pasaba en el mes de enero y antes de la salida del sol; que las aguas del Mediterráneo no estarian entonces muy calientes, y comprendereis por qué el pirata argelino, á quien vosotros no conocisteis, no se hallaba en aquel momento tan dispuesto á dejarse abordar por el amor como los bravos marineros y grumetes de la *Bella Micaelita*.

—¡Valiente trasto seria ese pícaro Mustafá, á quien mil huracanes confundan!—esclamó el grumete Casariego.—¡Por San Telmo, nuestro patron, que si se me hubiese atravesado por la proa una corbeta tan hechicera y tan mona como aquella, la hubiera rendido el pabellon aunque se cayesen de frio las mismísimas estrellas. ¡Ay princesa de mi alma!...—

Y al decir esto acariciaba de la manera mas cómica á un marinero que se hallaba sentado á su derecha oyendo y fumando tranquilamente, sin participar del entusiasmo amoroso de sus inflamables camaradas.

Desgraciadamente para nuestro grumete, aquel marinero, alegre y jugueton de ordinario, no se hallaba entonces, como se dice vulgarmente, para fiestas, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, cogió violentamente al desdichado Casariego por la faja que sujetaba su pantalon; le suspendió en el aire, y le arrojó, cual si fuese una pelota, en direccion al mar; y todo esto sin inmutarse ni desplegar los labios y en menos tiempo del que se necesita para contarlo.

El pobre grumete hubiera tomado un baño soberbio

PARROQUIANOS DEL CANAL EN DIAS DE CARNAVAL.

en las aguas del Musel, y hasta besado quizás las piedras del fondo, atendido el impulso que llevaba, si el *Zorro-marino*, cogiéndole al vuelo cuando estaba á punto de rebasar la obra muerta, no le hubiese evitado la zambullida.

—¿A dónde ibas con tanta prisa, mi querida golondrina?—le dijo el contramaestre colocándole pausadamente en el suelo.—¿Se te figura, alma inflamable, que á la una de la noche y en este tiempo está el agua del Musel apetecible? Quietecito y escoge mejor las ocasiones cuando quieras dar un abrazo á tus princesas, porque no siempre está el mar para pescar en él chipirones.—

El infortunado muchacho avergonzado, y mas que avergonzado aturdido, de tan violenta como inesperada sacudida, se acurrucó debajo de la lancha sin atreverse á desplegar los labios.

—Pues como iba diciendo, mis buenos y esforzados marineros—prosiguió el narrador—la hermosa desconocida repitió por segunda vez la pregunta, sin que Mustafá se diese por entendido, y fue preciso que le tocase de nuevo en el hombro para que el pirata, con ánimo de hacerla que zarpase de allí cuanto antes, la mirase frente á frente y le dijese en tono bastante brusco:

—«Sábete mujer, ya que te empeñas en saberlo, que ayer mandaba la fragata mas hermosa y velera de cuantas han surcado los mares; que obedecia ciegamente mis órdenes la tripulacion mas arrojada y valiente que ha encerrado jamás en sus camarotes embarcacion alguna, y que una mujer, tan hermosa como las huríes del paraiso, formaba los encantos de mi vida.

—»¿Y hoy?—le preguntó la desconocida.

—»Hoy—esclamó tristemente el pirata—nada, absolutamente nada mas que rabia, desesperacion é impotencia.

—»Y tu buque, tus marineros y tu querida ¿qué se hicieron?

—»La fragata... ¿Has conocido tú mi fragata? ¿Has oido hablar alguna vez de mi velera *Serpiente*? ¿La viste como se lanzaba á la caza en cuanto divisaba un buque cristiano, y como le fascinaba con el aliento abrasador de sus cuarenta carronadas, y le entraba al abordaje y le arrebataba sus riquezas?... Pues bien, mi *Serpiente*, que era el terror de los mares, á cuya vista se rendian los pabellones mercantes de todos los pueblos conocidos y huian espantados los habitantes de todas las costas de Europa, fue destrozada y echada despues á pique por un perro francés que nos atacó traidoramente; mis marineros han muerto todos luchando como leones del desierto, y ella, ella estará recibiendo quizás en este momento las caricias del miserable...—»

—Y el pirata, mis queridos muchachos, se retorcia con furor y se golpeaba la cabeza como si estuviese loco.

—«Levántate y sígueme—le dijo aquella hermosa mujer tomándole de la mano.»

—¡Vaya si la seguiria!—esclamó uno de los marineros.—¡Cuando digo que la tal princesa concluirá por sacar de rumbo al pirata Mustafá obligándole á que la rinda el pabellon!...

—Todo menos eso, camarada: el pirata la apartó de sí bruscamente y volvió á engolfarse en sus tristes meditaciones. Ella le contempló durante unos segundos en silencio y le dijo despues con tono imperioso, dándole una fuerte palmada en el hombro:

—«¿Quieres vengarte, Mustafá?

—»¡Venganza!!...—gritó el pirata argelino brotando fuego por los ojos y cogiéndola violentamente el brazo derecho.—¿Has hablado de venganza?... ¿Puedes proporcionármela?... dímelo; pero líbrate por Alá de jugar con mi desesperacion, porque seria capaz de matarte.»

—La desconocida cubrió al afligido Mustafá con una mirada mas fascinadora que el aliento de las cuarenta carronadas de su *Serpiente*; él la soltó el brazo maquinalmente, dejó caer los suyos, inclinó la cabeza sobre el pecho y se dió á llorar como un paje cuando le arrian chicote.

El leon africano, mis buenos y queridos camaradas, estaba convertido en manso cordero, lo cual os hará conocer que cuando una mujer hermosa se empeña, no hay mas que arriar el velámen y dejarse remolcar.

—¿De modo que saldrá al fin lo que yo me presumia?—dijo frotándose las manos el marinero que le habia interrumpido antes.—¡Sobre que no podia menos de enamorarse ese pícaro argelino de una princesa tan hechicera!...

—Allá lo veremos, camarada; allá lo veremos—le interrumpió el *Zorro-marino*.—Y á propósito de amores, ¿en qué vuelta corren los tuyos con aquella princesita de ojos azules á quien dabas convoy hace tres noches en el muelle de las Naos?

—En popa cerrada, mi buen contramaestre.

—Pues si está tan enamorada de tí como lo ha de estar el pirata Mustafá de la hermosa desconocida, ya puedes virar por redondo y correr en demanda de otra corbeta á quien tender los ganchos de abordaje. Pero volviendo á nuestro cuento, la princesa desconocida mandó imperiosamente al pirata que la siguiese; él la obedeció sin replicar, y los dos tomaron á media vela un sendero estrecho y escabroso que corria á lo largo y muy cerca de la costa.

Y puesto que navegan despacio y que tienen que correr algunas millas, dejémosles que hagan su viaje con toda tranquilidad, y veamos entre tanto si la carga de ese frasco es tan grata al paladar como al olfato, pues las dos ó tres gotas que bebí apenas me han llegado á la garganta y os aseguro por San Telmo, mis buenos y queridos camaradas, que mi estómago se halla tan afligido y desconsolado como un marinero á los dos meses de estar en tierra al recordar la desesperacion y las desgracias del pobre Mustafá, á quien mil huracanes hagan poner la quilla por sombrero.—

El despensero que formaba parte de la guardia, comprendiendo cuáles eran los deseos de su contramaestre, dió á cada uno de sus camaradas un par de galletas, llenó de aguardiente los vasos, y despues que el *Zorro-marino* llevó á los labios el suyo, y cuando apenas habia principiado á saborear el confortante licor de las Antillas, salió de su escondite atraido por el aroma de la caña el grumete Casariego, se acercó al barril, tomó uno de los vasos, y como si se hubiese olvidado ya de su último viaje aéreo, gritó estendiendo el brazo derecho:

—¡Brindo, camaradas, por la hermosa desconocida!

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron todos á la una.—¡Que vivan las princesas de blancas serviolas!—

Los vasos se chocaron de dos en dos, y un momento despues no quedaba en todos ellos una sola gota.

(Se continuará.)

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.